

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Subjetividad masculina y violencia.

Calzetta, Juan José.

Cita:

Calzetta, Juan José (2020). *Subjetividad masculina y violencia*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/419>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/Hrk>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SUBJETIVIDAD MASCULINA Y VIOLENCIA

Calzetta, Juan José

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo parte del planteo de que la sexualidad masculina guarda aún diversos enigmas por resolver, comenzando por el problema de la relación entre masculinidad y violencia. A partir de la concepción freudiana explora algunos aspectos de la articulación entre subjetividad y ambiente social, así como la dificultad que para el varón representan los aspectos pasivos y las perturbaciones que esto ocasiona en su vínculo con lo femenino. Concluye enfatizando la necesidad de continuar la investigación en un área que es también de gran importancia por sus consecuencias sociales.

Palabras clave

Género - Bisexualidad constitucion - Superyó-ideal del yo - Significaciones imaginarias

ABSTRACT

MALE SUBJECTIVITY AND VIOLENCE

The present work starts from the idea that male sexuality still has various enigmas to solve, starting with the problem of the relationship between masculinity and violence. Starting from the Freudian conception, it explores some aspects of the articulation between subjectivity and the social environment, as well as the difficulty that the passive aspects represent for the male, and the disturbances that this causes in his link with the feminine. It concludes by emphasizing the need to continue research in an area that is also of great importance for its social consequences.

Keywords

Gender - Constitutional bisexuality - Superego-ego ideal - Imaginary social meanings

-Mi consejo es que no te metás en historias por lo que la gente dice y por una mujer que ya no te quiere

-Ella me tiene sin cuidado. Un hombre que piensa cinco minutos seguidos en una mujer no es un hombre sino un marica.

Jorge Luis Borges, "Historia de Rosendo Juárez"

"Te vi pasar tagueando, altanera

Con un compás tan hondo y sensual

Que no fue más que verte y perder

La fe, el coraje, el ansia e'guapear

No me has dejao ni el pucho en la oreja

De aquel pasao malevo y feroz

Ya no me falta pa completar

Más que ir a misa e hincarme a rezar"

Enrique Santos Discepolo, "Malevaje"

A partir de los desarrollos freudianos acerca de la constitución de la sexualidad, la elección de objeto, la diferencia de sexos, se tendió a dar por sentado que el terreno desconocido estaba aún del lado de lo femenino. Es cierto que en la obra freudiana el abordaje de la especificidad femenina fue tardío y lo precedió la confesa ilusión de hallar una simetría intersexual que tornara simple la comparación. Cuando se descubrió la asimetría en el desarrollo fue necesario abrir la concepción de la constitución subjetiva de modo de dar cuenta de la diferencia.

Como en toda construcción teórica las conclusiones son en general provisionales, modelos que intentan una aproximación a la elucidación de los fenómenos a los que se refieren. Si bien la teoría estaba lejos de haber llegado al término de su elaboración, con apenas unos pocos conceptos afianzados como para apoyarse confiadamente en ellos, los cuestionamientos posteriores a la propuesta freudiana tendieron a poner el acento en lo referido a la construcción de la femineidad, como si no quedara misterio del otro lado.

El objetivo de este trabajo es, sin embargo, sostener -al igual que otros autores, como por ejemplo, Silvia Bleichmar- que la subjetividad masculina plantea tantos enigmas como la femenina y requiere igualmente de un esfuerzo de investigación. Existen circunstancias propias de la época actual que enfatizan esa necesidad. Por ejemplo el retroceso de la modalidad patriarcal como organizadora de los vínculos familiares y sociales, y con él la transformación de los roles tradicionales: hombre, mujer, padre, hijo. En relación con la cuestión del género, en particular, la puesta en escena, en medios masivos, de formas alternativas de expresar y vivir la diferencia hubiera sido inconcebible unas pocas décadas atrás y cuestiona certezas que se ubican en la base de la identidad masculina tradicional. A la vez, la reiteración de actos violentos protagonizados por grupos de jóvenes varones, la persistencia de tratos discriminatorios hacia mujeres y diversidades de género, la reaparición de corrientes políticas que exaltan la violencia y la masculinidad ponen de manifiesto que existe un combate que se libra en diversos frentes.

Para el abordaje de la subjetividad, se hace necesaria la definición de "sujeto". En ese sentido es válida la propuesta de Green, para quien la concepción del sujeto es en cierta medida sinónima del aparato psíquico, porque es la suma de los efectos mutuos de las distintas instancias que lo componen. "El aparato psíquico sería su expresión objetivante, mientras que el sujeto quedaría asignado a la experiencia de la subjetividad" (Green, 1996, 27.) Como lo señala el mismo autor, no existe un medio mejor para abordar la subjetividad que el psicoanálisis. Tal como lo definió Freud, esta disciplina es, a la vez, un método de

investigación de los procesos inconscientes, un cuerpo teórico originado por dicho método y una técnica terapéutica derivada de ambos. Si bien no puede establecerse una línea demarcatoria estricta entre construcción de subjetividad y constitución del aparato psíquico (Calzetta, 2011), es evidente que se hace necesario, a la vez, dar cuenta de las condiciones de producción de la estructura psíquica y de las determinaciones sociales de los contenidos psíquicos en cada época y lugar.

Frente a la cuestión de la relación entre lo psíquico y lo social, Castoriadis (1998) elabora el concepto del “imaginario social instituyente”, y plantea que sociedad y psique son a la vez irreductibles entre sí e inseparables. “La socialización no es una simple suma de elementos externos a un núcleo psíquico que permanecería inalterado, sus efectos están inextricablemente tejidos a la psique tal como ella existe en la realidad efectiva” (p. 44). La sociedad es siempre autoinstitución, creación de sí misma. La institución imaginaria de la sociedad, a la vez que constituye a ésta, provee de sentido a la psique. Ésta estaría entonces formada también por el conjunto de significaciones imaginarias sociales, las que no constituyen una mera construcción intelectual, pues integran un aspecto pulsional y uno afectivo. Estas significaciones llegan a intervenir en la determinación del juicio de existencia, condición de funcionamiento de una instancia del aparato psíquico: el Yo realista consciente-preconsciente. El concepto de “significaciones imaginarias sociales” permite una aproximación lo suficientemente profunda al aspecto social de la subjetividad. Pero en razón de su misma complejidad, es difícilmente operacionalizable, al punto que es dudoso que pueda ser cernido por otro método que el del psicoanálisis. El presente escrito, consecuentemente, procura representar la sedimentación de numerosos análisis, en particular de niños y adolescentes.

Dada la abundancia actual de acontecimientos violentos de los que se mencionan más arriba, se hace necesario partir de la pregunta acerca de si la agresividad y la tendencia a la violencia son rasgos intrínsecos a la constitución subjetiva masculina.

En la obra freudiana quedan fuertemente enlazados los conceptos de pasivo, masoquista, castrado y femenino, por un lado, y activo, sádico, fálico y masculino, por otro. Ambas series se vinculan con “objeto” la primera y “sujeto” la segunda (Freud, 1923). Años después propone aún que la libido es masculina, dado que es activa buscadora de objetos (Freud, 1932). A partir de estas definiciones han abundado los cuestionamientos a una supuesta posición falocéntrica y machista en Freud. Pero entender allí una referencia a las diferencias de género es producto de una lectura ingenua o sesgada. Está claro que la referencia alude a los aportes inconscientes al sentido de la oposición masculino-femenino, la cual no podría tener representación alguna en ese nivel, dado que remite a una concepción abstracta y racional, incompatible con el nivel de funcionamiento inconsciente, apoyado en representaciones-cosa.

Efectivamente, lo masculino y lo femenino corresponden a una

elaboración intelectual secundaria, que recoge y resignifica el sentido que en el proceso de constitución subjetiva llegó al punto de máxima elaboración con la oposición fálico-castrado en el momento previo a la represión de la sexualidad infantil. Por su parte, la castración, pura negatividad enlazada a la señal de angustia carece, por definición, de inscripción en el sistema inconsciente. Esa señal angustiada es, por el contrario, lo que desencadena el proceso represivo en el varón, por lo cual está claro que su representación no podría ser conservada para la asociación inconsciente, guiada por el principio del placer. De modo que la oposición que antecede a fálico-castrado, es decir activo-pasivo (ambas posiciones ligadas a vivencias placenteras), es la que más probablemente permanece como fuente de sentido inconsciente para masculino-femenino.

Por otra parte, surge de la obra freudiana que se refiere más bien a tendencias operantes en el sujeto, a partir de la convicción sobre la bisexualidad constitucional, que a diferencias psicológicas entre los géneros. Sin duda varias observaciones que cabría calificar de prejuiciosas pueden atribuirse al predominio de significaciones imaginarias sociales en el momento y lugar en que estas teorías fueron elaboradas, pero el necesario trabajo de depuración no parece afectar el núcleo duro de las formulaciones centrales.

El problema principal es la relación que se establece entre la bisexualidad constitucional -que en términos lo más simples posible se refiere a la capacidad de todo sujeto de gozar sexualmente tanto de experiencias activas como pasivas- y la diferencia sexual anatómica, que según el razonamiento disponible para el niño en ese momento de su vida es taxativa: sólo es lo que está. La cuestión de la inclusión de la diferencia sexual anatómica como parte principal en la determinación de la identidad sexual (Freud, 1925) ha disparado diversos reproches de “biologismo” a toda esa concepción, sin duda injustos. La explicación freudiana no se refiere en absoluto a la fisiología, y sólo remite a la anatomía en tanto la misma es objeto de una percepción, la que luego es sometida a procesamientos imaginarios por el niño. Es, por lo tanto una explicación puramente psicológica, que implica procesos que son primero conscientes, con las particularidades del proceso secundario en ese momento de la vida, y luego reprimidos. En esa concepción ningún destino queda prescripto de inicio; se trata más bien de un territorio a conquistar.

En el artículo mencionado -Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos- Freud atribuyó todo el sentido encontrado por el niño a los efectos de la investigación infantil en relación con las imágenes percibidas. Pero, como recuerda Castoriadis (op. cit.), los estanques de la antigüedad estaban efectivamente poblados de ninfas para un griego promedio de esa época. La percepción de la realidad, comandada por el yo consciente-preconsciente está sometida a la presión de las significaciones imaginarias sociales propias del tiempo y del lugar. ¿Puede acaso pensarse que los niños están exentos de esa presión, por habitar el ámbito protegido de la familia?

¿No es acaso a partir de la identificación que se constituyen las instancias psíquicas? Ya las evocaciones alucinatorias de las primeras experiencias de satisfacción son, a la vez, mociones primitivas de deseos e identificaciones. Con más razón lo son los procesos que van configurando el yo de realidad. A través de esas identificaciones se encarna en el psiquismo del niño el sentido que la realidad tiene para sus adultos, un tema abundantemente estudiado por Piera Aulagnier (1977), que lo definió como “violencia de la interpretación”. Pierre Bourdieu (2006) estudia la cuestión con métodos sociológicos y concluye que el medio social instala en cada sujeto un programa de percepción que actúa con la fuerza de una pulsión.

Ciertamente el tema ha sido abundantemente estudiado en los últimos años, en relación con el predominio de lo masculino y de la lógica paternalista en las sociedades modernas, pero, como se señala más arriba la mayor parte de las indagaciones tendieron a procurar arrojar luz sobre el proceso de subjetivación en la mujer. Tal vez haya que acudir al concepto de represión para entender la falta de interés por los procesos que llevan a la construcción de la masculinidad.

Si bien la opinión que prevalece en algunos ámbitos psicoanalíticos es que una causa principal de las manifestaciones de violencia es un déficit en el sistema superyó-ideal del yo, la conclusión que puede extraerse de numerosos análisis apunta más bien en la dirección opuesta. La conducta violenta que se manifiesta en jóvenes varones es, a menudo, expresión de un ideal del yo hipertrófico y sin control por parte del yo realista consciente preconscious (Calzetta, 2020). Aquella instancia, en su aspecto inconsciente y obediente en consecuencia al Principio del Placer, exige el cumplimiento de una imagen de masculinidad abstracta, absoluta y sin matices. En la medida en que el yo claudica en su capacidad de examen de la realidad -es decir, en su posibilidad de diferenciarse del otro, condición de la empatía y el respeto al semejante- fracasa también en la posibilidad de enfrentar y limitar las exigencias del ideal, derivado del narcisismo.

Las peculiaridades en el proceso de subjetivación del varón -observadas ya en la obra freudiana- permiten formular hipótesis acerca de este proceso. El fin del complejo de Edipo en el varón es, según propuso Freud, diferente al que se produce en el caso de la niña. Las representaciones correspondientes a las mociones incestuosas no son solamente reprimidas sino, en gran medida, destruidas. Plantea Freud que tal destrucción del contenido edípico, ante el impacto de la angustia de castración constituye la “solución ideal”, nunca alcanzada totalmente en la realidad. ¿Ideal para quién?, se pregunta Avenburg (1998). Y concluye: Para la cultura, pues implica la desaparición de las tendencias incestuosas, antagónicas a ella.

En la medida de tal destrucción -siempre parcial e incompleta-, el carácter sexual que se instale tendrá más apoyo en las formas establecidas por la cultura que en lo adquirido en el curso del devenir psicosexual que culmina en el complejo de Edipo. El

proceso no puede sino compararse -tal como lo hace Avenburg (op. cit.)- con la restitución que se verifica en la esquizofrenia a partir de la pérdida de representaciones-cosa. De ese modo se establece en el final del complejo de Edipo del varón una “perturbación narcisista”, equivalente a una “psicosis normal”, cuya consecuencia será la instalación de esas formas culturales al modo de una restitución.

Tales contenidos -vehiculizados por las significaciones sociales imaginarias propias de la circunstancia personal- se integran al aparato psíquico a través de identificaciones que comienzan con los objetos primarios. La libido homosexual que abandona al padre encuentra un destino en el ideal del yo, en relación con el cual el yo continúa su expectativa de amor, ahora de modo narcisista. Desde allí tiende a reforzar la masculinidad en el carácter del varón, pero no a partir del deseo sino del imperativo: ser tan hombre como para ser amado por el ideal. En el proceso, la libido sustraída a los objetos primarios experimenta una sublimación que libera montos de pulsión de muerte, la que encuentra destino en el superyó, incrementando su sadismo y, consecuentemente, el sentimiento de culpabilidad.

Freud propone que el superyó del varón, a causa de estas alternativas, deviene mucho más abstracto y rígido que el de la mujer, más alejado de sus fuentes libidinales y -puede agregarse- más capaz de someter al yo a sus mandatos. En ese sentido tiene relevancia el masoquismo del yo, adquirido en el curso del proceso constitutivo, que lo dispone a recibir el sadismo del superyó incrementado por los aportes antes mencionados. De tal forma se continúa, a nivel intrapsíquico y merced al narcisismo secundario, un vínculo erótico renunciado en el exterior.

Como se ve, del sesgo de las identificaciones predominantes dependerá el sentido que adquieran esas imposiciones. Corresponde tomar en consideración, por un lado, la carga de sentido impuesto por el medio social y vehiculizado por las significaciones imaginarias sociales; por otro, la medida en que las identificaciones que se integran al yo de realidad desde el comienzo de su génesis aportan o no a la consolidación del funcionamiento de esa instancia en términos de reconocimiento de la realidad, aceptación de la diferencia, tolerancia a la frustración. En tanto esas identificaciones se muestren insuficientes para sostener la coherencia del yo realista consciente preconscious, los mandatos del ideal, vividos por el sujeto como el núcleo de su identidad, pueden adquirir la fuerza de imperativos absolutos. La violencia con que esos mandatos se expresan pone de manifiesto que se trata de formaciones reactivas fundamentales para la conservación de la identidad y la integridad yoica.

La pasividad representa para el varón un problema a resolver. De inofensiva fuente de placer intenso en los momentos preedípicos -basta ver el goce que el niño pequeño encuentra en juegos como los que suele mantener con su padre, por lo general más vigorosos y con más contenidos agresivos incluidos-, adquiere un contenido siniestro cuando el complejo de Edipo negativo concluye también en la amenaza de castración. Según señala

Freud (1937), el miedo a recaer en la posición pasiva es una fuente de resistencias al análisis. También, de acuerdo con lo que puede observarse en numerosos tratamientos de niños y adolescentes, es el punto de partida de dificultades de aprendizaje. En el momento posterior al sepultamiento del complejo de Edipo el varón tiende a rechazar enérgicamente las tendencias pasivas, las que representan un riesgo de feminización vivida, en muchos casos, con verdadero terror, según lo testimonian numerosos análisis de adolescentes. Lo pasivo es objeto de proyección en otros: mujeres, sexualidades alternativas. La tendencia que se instala a partir de este proceso es al dominio o, eventualmente, la destrucción del otro diferente. Lo que en los análisis suele aparecer como fantasías susceptibles de ser trabajadas, permite formular hipótesis sobre lo que en otros casos, menos proclives a la introspección analítica, se manifiesta como acto violento.

El comienzo de la sexualidad adulta en la adolescencia puede ser, a partir, de esto, fuente de intensos conflictos. El objeto de deseo heterosexual, aprobado por el ideal del yo, es, sin embargo causa también de miedo y odio por las proyecciones antes mencionadas. La mujer no sólo representa, con sus genitales, la castración. También por otros motivos teme el varón ser arrastrado a la feminización, a la pérdida de las prerrogativas viriles, basadas en el dominio. Son frecuentes, en ese momento de la vida, una serie de síntomas conversivos, obsesivos y fóbicos que perturban el ejercicio de la función sexual y encuentran ese origen en el análisis.

Cabe tener presente que en el comienzo de la constitución subjetiva está siempre la pasividad de la dependencia infantil, en particular con la madre, diferenciarse de la cual es uno de los primeros grandes trabajos psíquicos. Poder separarse finalmente de ella es la conclusión de un camino, para el cual el niño varón encuentra apoyo en la figura de su padre -se entiende que se alude aquí al lugar o función, no a la persona que lo ocupe-, quien no sólo oficia de rival temido; también es auxiliar, modelo y aún objeto. De él recibirá la posibilidad de encontrar un lugar donde buscar la satisfacción de sus anhelos más allá de la madre (Calzetta, 2020 b). Paradójicamente, como recuerda Silvia Bleichmar, para poder recibir ese aporte paterno debe el niño resolver el problema de la resistencia a aceptar la pasividad que implica recibir ese don del padre. El proceso no se consuma sin conflicto: las fantasías homosexuales pasivas que el análisis encuentra detrás de diversas formaciones sintomáticas conducen en ese sentido. Tal movimiento constituye una manera de poner tendencias pasivas del varón al servicio de la masculinidad por una vía diferente a la de la integración al ideal del yo. “Que esta presencia inquietante del padre devenga patológica o estructural depende de las vicisitudes y destinos de los movimientos constitutivos que la engarzan efecto tanto de las alianzas edípicas originarias como de los traumatismos que el sujeto registra a lo largo de su constitución como sujeto sexuado” (Bleichmar, S., 2017)

El tránsito del niño hacia la masculinidad, para el cual la costumbre indica el alejamiento de la madre, y, en general, de todo lo femenino, puede llegar a conclusiones diferentes. Las investigaciones antropológicas -como las reseñadas por Velásquez (1998)- muestran que ese movimiento es regular, y particularmente notable en las culturas con gran predominio masculino. En algunas de ellas, el apartamiento del niño del mundo de lo femenino se ritualiza con sumo rigor y por un período prolongado, en el que se enfatizan los vínculos entre varones como una preparación para dominar y controlar a las mujeres en la vida adulta. En otras culturas, en las que el predominio masculino no es tan notorio, ese apartamiento es más laxo y menos notable. La consecuencia a nivel de las relaciones sociales es que, en grado diferente en distintos ámbitos culturales, incluyendo por supuesto las culturas abiertas occidentales de la actualidad, las significaciones sociales imaginarias orientan la percepción de la realidad en el sentido de sostener y naturalizar lo que Bourdieu (2006) llamó la “dominación masculina”. A partir de su estudio etnográfico de los bereberes de la Cabília, este autor encuentra allí, relativamente conservados, rituales, comportamientos y discursos que siguen sobreviviendo “en estado parcial y como fragmentado en nuestras estructuras cognitivas y en nuestras estructuras sociales” (p. 6). Plantea el autor que “la diferencia anatómica entre los órganos sexuales, puede aparecer... como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, y en especial, de la división sexual del trabajo” (p. 13). A partir de esa diferencia se establecen y justifican diversas oposiciones de sentido que expresan la “necesidad” del predominio masculino. Un estudio reciente -una investigación empírica de base psicoanalítica realizada en la ciudad de Córdoba, Argentina, sobre un grupo de 30 adolescentes (Acosta y Lara, 2020)- muestra que los rasgos valorados, o contenidos de los ideales, delatan una concepción idealizada de sujeto, ya que aluden a la perfección, lo positivo, el éxito, la grandeza, ganar, tener todo bajo control, no tener errores, poder con todo, la autosuficiencia, el autocontrol. En palabras de los entrevistados: “ser fuerte, ser macha, ser macho, autosuficiente, bancártelas todas”. Lo masculino, es directamente asociado a ser macho/macha y esto implica ser perfecto, exitoso, invulnerable y poderoso. Todo lo que está por fuera de estas categorías es discriminado y atacado.

Es dable interpretar que las significaciones imaginarias sociales cumplen la función de articular cuestiones económicas, ideológicas y políticas, como lo referido a división del trabajo y el poder, con aspectos inconscientes que proceden de la historia libidinal del sujeto, como lo que el niño pequeño, en su trabajo de investigación, colige acerca de los misterios de la diferencia y el origen. De esta integración procede la fuerza de convicción y la solidez de esas construcciones. A la vez, al instalarse, fijan el sentido de los hallazgos infantiles, lo cual perturba la posibilidad de resignificación de esos contenidos imaginarios en el transcurso de la vida.

En el varón pueden así a persistir, subyaciendo a un funcionamiento en apariencia adulto, afectos de miedo y odio con respecto a la mujer, no sólo en cuanto su anatomía evoca la amenaza de castración, sino en tanto, al representar aspectos femeninos escindidos en el varón, significa una tentación en ocasiones insoportable de vuelta a lo que el ideal obliga a abandonar para siempre. La amenaza de feminización es en esos casos permanente; y, en la medida en que claudique el yo en su función de diferenciación del objeto, la respuesta violenta una posibilidad presente, sobre todo en tanto la mujer se resiste a permanecer en el papel de “objeto” a disposición del sujeto. Puede concluirse que las vicisitudes del proceso de subjetivación masculina son aún fuente de enigmas a resolver y, en tal sentido, una fuerte motivación para el trabajo de investigación. Con más razón en la medida que el tema plantea consecuencias sociales de imprescindible tratamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, S. y Lara, C. (2020) *Masculinidades en falta: la denuncia adolescente*. Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes N° 26, APDEBA, Buenos Aires
- Aulagnier, P. (1977) *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu,.
- Avenburg, R. (1998) *Psicoanálisis: perspectivas teóricas y clínicas*. Publikar, Buenos Aires.
- Bleichmar, S. (2017) “Paradojas de la constitución sexual masculina” *Psicoanálisis: ayer y hoy*.16, Revista digital AEAPG, Agosto,
- Bourdieu, P. (2006) *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.
- Calzetta, J.J. (2011) *Producción de subjetividad y constitución psíquica: lo que permanece y lo que cambia a través de la historia*. Revista Universitaria de Psicoanálisis, Año 2011, Vol. 11, UBA, Buenos Aires
- Calzetta, J.J. (2020) *Masculinidad, violencia y pasividad*. Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes N° 26, APDEBA, Buenos Aires.
- Calzetta, J.J. (2020 b) *Notas clínicas sobre el lugar del padre*. Actualidad Psicológica, Año XLV, N° 491, Buenos Aires.
- Castoriadis, C. (1997) *El avance de la insignificancia*. Eudeba, Buenos Aires.
- Castoriadis, C. (1998) *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Eudeba, Buenos Aires.
- Freud, S. (1905) “Tres ensayos para una teoría sexual”. *Obras completas*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.
- Freud, S. (1923) “La organización genital infantil”.
- Freud, S. (1924 a) “El problema económico del masoquismo”.
- Freud, S. (1924 b) “El sepultamiento del Complejo de Edipo”.
- Freud, S. (1925) “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”.
- Freud, S. (1932) “33ª conferencia: La feminidad”.
- Freud, S. (1937) “Análisis terminable e interminable”.
- Green, A. (1996) *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba,
- Velásquez, L.S. (1998) “¿Qué es ser hombre? Reflexiones sobre la masculinidad desde el psicoanálisis y la antropología” *Revista colombiana de psicología*, 7, Bogotá.